

15 de Abril de 1906. Año III. N.° 56.

CUERPO DE CARABINEROS.— Un puesto de vigilancia en la frontera.

Extraordinarias aventuras de un ladrón de alto copete

Nuestros lectores conocen á Arsenio Lupin, puesto que asistieron en el número anterior á la detención del genial ladrón. La carrera de Arsenio Lupin está bien lejos de terminarse por este incidente, como se verá por la serie de proezas sensacionales que hacen de este tipo legendario un modelo inimitable en su género.

A mediados de septiembre, el cartero de la localidad se presentó en la puerta del magnífico castillo, diciendo al barón Nothan Cahorn, que invariablemente salía al encuentro de los raros visitantes de la señorial morada:

—Traigo una carta certificada para el señor barón.

—¡Una carta certificada!...

Cogió la carta y después de echar cuidadosamente los cerrojos de la puerta, rompió el sobre, sacando un pliego de papel cuadriculado, con este membrete: «Prisión de la Santé, París». Luego miró la firma: *Arsenio Lupin*. Estupefacto leyó, no dando crédito á sus ojos:

«Señor barón:

»*En la galería que une los dos grandes salones del castillo, hay un cuadro de Champaigne que me gusta extraordinariamente. Vuestros Rubens son también de mi agrado, así como el cuadrito de Watteau. En el salón de la izquierda se destacan las tapicerías de Beauvais y en el de la derecha la vitrina de alhajas y miniaturas.*

»*Por esta vez me contento con estos objetos, que le ruego haga embalar convenientemente y expedirlos á mi nombre, (porte pagado), á la estación de Batignolles antes de ocho días. De no hacerlo así, yo mismo procederé á su traslado en la*

noche del 27 al 28 del corriente, y como es natural, no he de contentarme con los objetos indicados.

»Dispénseme la contrariedad y me honro en significarle mi respetuosa consideración.

»ARSENIO LUPIN.

»P. D.—No me envíe el más grande de los Watteau. Aunque ha pagado usted por él treinta mil francos, no es más que una copia; el original fué quemado por Barrás una noche de orgía. Consulte las Memorias inéditas de Garat.»

Esta carta desconcertó por completo al barón. Lector asiduo de los periódicos, al corriente de cuanto pasaba en el mundo respecto á bandidaje, no ignoraba las hazañas de Arsenio Lupin. Sabía que el famoso ladrón estaba bien guardado en la cárcel de París; pero ¿cómo podía conocer la disposición de los cuadros y muebles? ¿Quién le había informado de cosas que nadie había visto?...

El barón levantó los ojos y contempló la silueta del castillo, su pedestal abrupto, el agua profunda que le rodeaba y se encogió de hombros. Decididamente, no había nada que temer. Nadie sería capaz de introducirse hasta el santuario inviolable de sus colecciones. Nadie... ¿pero y Arsenio Lupin?

Aquella misma tarde escribió al fiscal de Rouen enviándole la carta y pidiéndole protección. Su contestación no se hizo esperar: Arsenio Lupin, cuidadosamente vigilado, no podía haber escrito aquella carta, que sin duda era obra de un mixtificador. Además, un perito había declarado que aquella letra, aunque parecida, no era la del detenido.

No obstante, los temores del barón se exacerbaron, no cesando de releer la carta. ¡Con qué seguridad hablaba!

Pasaron dos días. Al tercero el barón se estremeció al leer lo siguiente en el periódico de la localidad:

«Hace tres semanas que vive entre nosotros, descansando de su penosa labor, el famoso policía Ganimard, á quien la prisión de Arsenio Lupin ha valido una reputación europea.»

Una hora de marcha separa el castillo del pueblo, hacia donde el barón encaminó sus pasos, más que deprisa.

Después de varias tentativas infructuosas para averiguar el paradero de Ganimard, dirigióse á la redacción del periódico que había dado la noticia, donde encontró al que había redactado el suelto.

—¿Quiere usted conocer á Ganimard?—dijo el periodista—; seguramente le encuentra usted á la orilla del río. Allí es donde yo le descubrí, leyendo, por casualidad, su nombre en la caña de pescar. Es un viejecillo con gabán y sombrero de paja, que estará bajo los árboles del paseo. Un tipo muy original, poco amigo de conversación y bastante huraño.

Diez minutos después el barón abordaba al célebre Ganimard, se presentaba á él y le exponía su caso. El otro le escuchó inmóvil, sin separar la vista del agua. Luego, volviendo la cabeza hacia su interlocutor, le miró con aire de piedad y dijo:

—Caballero, no es costumbre avisar á la gente que se la va á desvalijar. Arsenio Lupin no puede cometer semejante tontería.

—Sin embargo...

—Si tuviera la menor duda acerca de esto, crea usted que el placer de echar de nuevo el guante á ese bribón sería superior á todo otro interés. Por desgracia, ese joven está bajo llave.

—¿Y si se escapa?

—Nadie se escapa de la Santé.

—Pero él...

—Si se escapa, tanto mejor, yo volveré á cazarle. Entretanto duerma usted tranquilo.

El barón se volvió á su casa. Tales seguridades le tranquilizaban un tanto. Examinó el buen estado de las cerraduras, espió á los criados. Pasaron cuarenta y ocho horas. La fecha se aproximaba.

Ganimard organiza la vigilancia.

El martes recibió el barón este telegrama:

«No se ha recibido ningún paquete en la estación de Batignolles. Prepárelo todo para mañana.—Arsenio.»

Loco de terror, corrió en busca de Ganimard, á quien encontró pescando en el mismo sitio. Sin decirle una palabra le tendió el telegrama.

—¿Bueno y qué?—dijo el policía.

—¿Qué?... ¡Que el golpe es para mañana!...

—¡Ah!, ¿es que se ha imaginado usted que voy yo á ocuparme de una historia tan estúpida?...

—¿Qué indemnización quiere usted por pasar en el castillo la noche de mañana?

—¡No quiero nada, déjeme usted en paz!

—Fije usted el precio, soy rico.

Ganimard levantó los ojos hacia el barón y le dijo más tranquilo:

—Estoy aquí con licencia y no tengo el derecho de intervenir en nada como agente de Policía.

—Nadie lo sabrá. Le doy á usted mi palabra de honor de que, suceda lo que quiera, guardaré silencio.

—¡Oh! no ocurrirá nada.

—Vamos, ¿serán bastantes tres mil francos?

El policía lanzó una bocanada de humo y contestó lentamente:

—¡Sea!... Quién sabe de lo que sería capaz ese diablo de Lupin; debe tener á sus órdenes toda una banda de bribones. ¿Tiene usted confianza en los criados?

—Hasta ahora no tengo motivo de...

—No contemos con ellos—le interrumpió el policía. Lo más seguro es avisar telegráficamente á dos de los míos... Y ahora lárguese usted, que no se nos vea juntos. Hasta mañana á las nueve.

Diez minutos antes de la hora fijada el barón despidió á sus criados, que dormían en el ala más retirada del castillo. Una vez solo, abrió dulcemente la puerta, que dió paso á Ganimard y sus dos acólitos. Después de un minucioso examen barricó cuidadosamente todos los puntos por donde pudiera llegarse á los salones amenazados. Inspeccionó los muros, levantó las alfombras é instaló sus dos agentes en la galería central.

—Nada de tonterías, ¿eh? Aquí no se viene á dormir. A la menor novedad que ocurra, abrid las ventanas del patio y llamadme. Atención también del lado del agua. Aunque hay diez metros de altura, no es cosa para espantar á los diablos de su calibre.

Les encerró en la galería, metióse las llaves en el bolsillo y dijo al barón:

—Ahora, nosotros, á nuestro puesto.

Había escogido para pasar la noche una reducida pieza practicada en el espesor del muro, entre las dos puertas principales y que antiguamente había servido de reducto al centinela. Una reja daba sobre el puente y otra al patio. En un rincón advertíase como el orificio de un pozo.

—Me ha dicho usted, señor barón, que ese pozo es la única comunicación con los subterráneos y que está interceptada desde tiempo inmemorial.

—Así es.

—Pues á menos que no haya otra, conocida únicamente de Arsenio Lupin, lo que es bastante problemático, podemos dormir tranquilos.

Alineó tres sillas, extendióse en ellas confortablemente y dijo suspirando:

—Verdaderamente, señor barón, es preciso que yo tenga un deseo loco de añadir otro piso á la casita donde cuento concluir mis días para aceptar esto. Cuando se lo cuente al amigo Lupin, se desternillará de risa.

Pero el barón no tenía ganas de reir. Con el oído atento interrogaba el silencio de la noche con ansiedad creciente. Dieron las once, las doce, la una; de pronto oprimió el brazo de Ganimard, que se levantó sobresaltado.

—¿Oye usted?

—Perfectamente, es la bocina de un automóvil. Buenas noches.

No siempre sirven las grandes precauciones.

Esta fué la única alerta de la noche. Ganimard pudo reanudar su interrumpido sueño, y el barón no oyó más que un ronquido sonoro y regular. Al amanecer salieron de su celda. Una gran paz, la paz de la mañana á orillas del agua fresca, envolvía al castillo. El barón, radiante de alegría, y el policía, siempre tranquilo, empezaron á subir la escalera.

Ningún ruído; nada sospechoso. Ganimard sacó las llaves y entraron en la galería. Sobre dos sillas, con la cabeza inclinada sobre el pecho y los brazos atados, los dos policías dormían profundamente.

—¡Por vida de...!—gruñó Ganimard.

Al mismo tiempo el barón exclamaba:

—¡Mis cuadros...!

Y balbuceaba, sollozaba, con la mano tendida hacia los muros de donde pendían las cuerdas que habían contenido los lienzos. El Watteau había también desaparecido, los tapices no estaban y las vitrinas aparecían vacías.

—¡Y mis candelabros Luis XVI! ¡Y mi Virgen del siglo XII! clamaba el pobre barón.

Corría de un lado á otro desesperado. Recordaba el precio de compra, adicionaba las pérdidas sufridas, loco de rabia y de dolor. Parecía un hombre arruinado que no tiene más remedio que pegarse un tiro. Si algo hubiera sido capaz de consolarle, nada más propio que el estupor de Ganimard. Examinaba las ventanas, las cerraduras; todo estaba intacto; el orden era perfecto. El robo debía haberse efectuado metódicamente, con arreglo á un plan inexorable y lógico.

—¡Arsenio Lupin! ¡Arsenio Lupin! — murmuraba con la mirada vaga.

De pronto lanzóse sobre los agentes y los sacudió penosamente; no se despertaron. Entonces observó con atención que dormían con un sueño que no era natural, y dijo al barón:

—Los han narcotizado.

—Pero ¿quién?

—El... ó los suyos; pero dirigidos por él. Es un golpe maestro, que tiene su marca de fábrica.

—Entonces estoy perdido; no puedo hacer nada.

—No hay que desesperar..., la justicia tiene recursos.

—¡La justicia...! juzgue usted por sí mismo... Precisamente en el crítico momento en que pudiera buscar un indicio, descubrir alguna cosa, ni siquiera se mueve usted.

—¡Descubrir alguna cosa con Arsenio Lupin...! ¡Ya, ya...! Arsenio Lupin, querido señor, no deja nada tras de sí. Con él nada hay que esperar del azar. Muchas veces me pregunto si cuando cayó en mi poder no sería porque él se dejara prender.

—¡Entonces tengo que renunciar á mis cuadros, á todo...! Por las perlas de mi colección daría una fortuna. Si nada puede la Policía contra él, que diga cuánto quiere por el rescate.

—Es una idea sensata. ¿Entraría usted en negociaciones?

—¡Desde luego!

—Bueno, si nuestras pesquisas no dan resultado, yo veré, yo avisaré .. Pero he de advertir á usted que ni una palabra de mi persona, si quiere esperanzar en el éxito.

Y añadió entredientes:

—Además, que maldito si tengo de qué enorgullecerme.

Los dos agentes fueron volviendo á la vida. Ganimard les interrogó; no se acordaban de nada.

—¿Han bebido ustedes?

Reflexionaron, y uno de ellos dijo:

—Un poco de agua de aquella jarra.

Ganimard la olió, la probó. No tenía sabor ni olor particular alguno.

—Vaya - concluyó diciendo—, estamos perdiendo el tiempo. No se resuelven en cinco minutos los problemas que plantea Arsenio Lupin. Pero juro que volveré á prenderle. El gana la segunda partida; yo ganaré la decisiva.

Aquel mismo día, el barón de Cahorn depositaba una denuncia por robo contra Arsenio Lupin, preso en la cárcel de la Santé.

(Continuarán estas aventuras.)

Monstruo de maldad

Acaba de descubrirse en el Perú una serie de crímenes, cuyos espantosos detalles llenan actualmente las columnas de la prensa de aquel país.

Un tal Carcini, que vivía en el campo, no salía nunca de su «rancho» más que para dedicarse á la caza y á la pesca, á juzgar por las armas é instrumentos que llevaba consigo. Hace algunos días, Carcini depositó en el suelo un saco bastante grande, con el que iba cargado, y se echó á dormir al pie de un árbol Durante su sueño, unos perros desgarraron el saco y pusieron al descubierto el cadáver de un niño de cinco años de edad, próximamente. Pasó por allí un jinete, viendo con espanto que desgarraban los perros el ensangrentado cuerpo del pobre niño. Después de ahuyentar á latigazos a los animales, fué á dar cuenta á la Policía, que se apoderó de Carcini.

Cuando este miserable estuvo ante el comisario, declaró que en dos años había asesinado catorce personas, hombres, mujeres y niños. No solamente hizo el relato de sus crímenes, sino que añadió que se había comido sus víctimas y que había vendido la grasa extraída de los cadáveres humanos mezclada con la de cerdo.

Los detalles minuciosos que da el monstruo son horribles y nos resistimos á transcribirlos. Varios de los crímenes que refiere han podido ser comprobados. En abril de 1905, asesinó á una muchacha de diez y ocho años en el momento de estar dando el pecho á su recién nacido.

Al principio se creyó que los crímenes de Carcini eran la obra de un loco; pero, desgraciadamente, los informes facultativos aseguran que este infame está en el pleno uso de sus facultades.

Sacrificio al demonio.



Un alucinado declaró un día que «Satán reclamaba la sangre de un niño». Una noche, después de amarrar á su mujer, que intentó quitarle el arma que blandía, el esposo se dirigió hacia la cuna de su hijo, y á la vista de la madre aterrorizada, hundió el puñal entre las ropas que cubrían la inocente criatura. El loco empezó á gritar; acudieron los vecinos, echando abajo la puerta y sujetando al alucinado, y cuando registraron la cuna cubierta de sangre, vieron que el niño estaba indemne; únicamente el gato había pagado con su vida la costumbre de dormir junto al bebé.

Contrabando.—En la frontera de Bulgaria se ha descubierto un medio ingenioso de introducir contrabando. Varios bloques del carbón que llevan los «tenders» de las máquinas eran cajas perfectamente construídas, donde se introducían joyas, opio, quinina, específicos y otra porción de sustancias que pagan crecidos derechos de aduanas.

Resultan complicados el maquinista, el fogonero, un jefe de estación y un alto empleado de la Aduana.

MISTERIOS DE LA INQUISICION

—Quiero pedirle la vida de mi padre—respondió la joven con exaltación -; de mi padre que es inocente y que acusan de herejía; de mi padre, que era gobernador de Sevilla, y que actualmente ..

—¡Dolores! —exclamó José considerando con ardiente curiosidad el rostro de la joven medio oculto debajo de un velo.

—¿Cómo sabéis mi nombre? —dijo temblando.

—Dolores Argoso—prosiguió el dominico con voz dulce y llena de ternura—, no te acerques á esta casa, porque encontrarías en ella el deshonor ó la muerte.

—¿Cómo lo sabéis? —preguntó horrorizada.

El dominico llevóse á Dolores, que le siguió sin resistencia.

—Ven, infeliz niña—dijo el novicio, apresurándose á alejarla del palacio del inquisidor; —ven, y si quieres permanecer pura y que tu padre se salve, ocúltate. ¡Oh infeliz! ¡qué sería de ti si Pedro Arbués te viera!

—¡Y bien!—dijo ella cobrando alguna confianza por el acento triste y afectuoso del dominico,—¿qué debo hacer para salvar á mi padre?

—Ocultarte, confiarme tu causa y dejarme obrar—respondió José.—Sí, hija, confíame tu causa desde luego.

—¿A vos?—dijo, mirándole con alguna esquivez, porque acababa de acordarse que pertenecía á la Inquisición.

—Sí, á mí—respondió con amargura—; á mí, que bajo este hábito de mal agüero oculto un corazón compasivo.

—¡Es tan joven! - pensó Dolores, contemplando bajo los sombríos resplandores de la noche sus hermosas manos y noble rostro.—¡Oh, Dios mío! ¿por qué sois dominico?

—Para salvarte tal vez—dijo José enternecido ; créeme, Dolores, y no pretendas perder tiempo indagando los misterios de mi vida: el hábito sólo es á veces una máscara que oculta las heridas del corazón.

—¿Y vos también? —exclamó Dolores, que se sentía inclinada hacia el joven religioso por una irresistible simpatía.

—No pienses en mí; ocupémonos de tus asuntos. ¿Qué vas á hacer ahora?

—¡Lo que Dios quiera!

—¿Dónde te ocultarás?

—Volveré al convento de las Carmelitas.

—Guárdate bien de hacerlo—dijo José—, el inquisidor ha descubierto tu retiro, y mañana debe asegurarse personalmente de la noticia que le han dado esta noche acerca de ello.

—¿Cómo ha podido saberlo? El apóstol no ha revelado mi nombre á nadie, ni aun á la abadesa.

—¡Pobre niña! ¿preguntas cómo la Inquisición descubre todos los secretos y todas las conciencias? Todo lo sabe y nada tiene inviolable, ¡ni aun en la tumba!

—¡Oh, Dios mío! - exclamó Dolores ocultando la cara entre las manos y dando libre curso á las lágrimas para modificar un tanto la pena que la sofocaba.

—Cálmate, cálmate, hermana mía—dijo José, empleando este dulce nombre para inspirar más confianza á la joven y también porque se sentía inclinado hacia ella en razón de una serie de sufrimientos que les eran comunes.

—Es verdad, padre mío, tampoco es permitido llorar.

—No—dijo José—, el ruído de los sollozos irrita al tigre y exalta su sed de sangre.

—Más bajo, más bajo, padre: podrían oírnos.

—Sí. tienes razón; existe alrededor nuestro un delator en cada piedra. ¡Silencio, silencio, pues! Pero antes de dejarme, pobre niña, díme lo que será de ti.

—Tranquilizaos, ya tengo un asilo y sólo me falta saber si vos salvaréis á mi padre.

—Por el alma de quien más amo te juro que si tu padre muere, será porque no habré podido alcanzar nada por él, y que tú misma no habrías podido salvarle sacrificándote toda entera; ¿lo oyes, Dolores?

—Os creo—dijo estrechándole las manos, que cubrió de lágrimas—, os creo. Mas ¿dónde podremos vernos otra vez?

—Escucha—dijo José—, en la extremidad de la calle de los Gitanos, en el barrio de Triana, existe un horrible sitio inmundo, llamado taberna de la «Buena Ventura». Verdadero nido de buitres, donde el robo, el asesinato y el latrocinio se reunen todas las noches. El aspecto de este lugar es asqueroso y lúgubre: allí sólo oirás risas cínicas ú horribles maldiciones. Este lugar es frecuentado por todo lo que España contiene de impuro: bandidos, prostitutas, gitanos, frailes, etc. Allí los frailes también blasfeman y profieren palabras obscenas, la embriaguez confunde en una común brutalidad los que la sociedad arroja de su seno, y aquellos que se abrogan el derecho de conducirla. Allí se elaboran los crímenes vergonzosos, los asesinatos jurídicos, las persecuciones injustas, las delaciones falsas, puñal de dos cortes que mata de un golpe seguro; los raptos nocturnos, los asesinatos y el estupro; porque en ese inmundo lupanar se encuentran instrumentos para todos los crímenes.

—¿Qué queréis decir con esto, padre? —dijo Dolores horrorizada.

—¡Pues bien!—prosiguió el fraile—, allí es donde deberás ir á encontrarme.

—¡Acaso sueño! —exclamó la joven—; ¿qué me pedís, padre?

—Tú venías á buscar al inquisidor esta noche; ¡pues bien! créeme, joven, el lugar cuyo horrible cuadro acabo de describirte es mil veces menos peligroso que el palacio de Pedro Arbués.

Los ojos de José brillaban de un fulgor sombrío; sus mejillas, de ordinario tan pálidas, se habían vuelto de un carmín ardiente: parecía abrasado por una fiebre interior.

Dolores creyóle loco.

Pero repentinamente, suavizando su voz, ordinariamente muy grave, y á la cual la excitación acababa de dar vibración brillante, José miró á Dolores con ternura.

—Ve, pobre muchacha, no temas ir donde José te aconseja que vayas; ¡quiero salvarte á precio de mi vida! La taberna de la «Buena Ventura» pertenece á un alguacil llamado Coco, valiente y honrado muchacho que me aprecia, y á su joven hermana llamada Chapa, excelente criatura que se arrojaría al Guadalquivir para servir á cualquiera. Esas buenas gentes son pobres, y se ganan la vida como pueden; pero puedes fiar en ellos. Si me necesitas, dirás solamente á Coco ó á su hermana:

—Quisiera ver al padre José.

Y me verás, sin duda; pero anda con cuidado, sal únicamente de noche y disfrazada.

—Nada temais; no os comprometeré. . Pero, ¿no he de temer?...

—Nada—dijo José—; nunca sospecharán que frecuentas ese lugar para... Sólo te encargo que te disfraces de manola.

En esto habían llegado ya cerca al puente de Triana, y luego de haberlo pasado, José preguntó á Dolores:

—¿Cuál es tu camino?

—Por aquí—dijo, señalando sobre la derecha la orilla del Guadalquivir.

—Y yo, por ahí—dijo José señalando la calle de los Gitanos.—Adiós, Dolores, descansa en mí; mas piensa que sólo puedes nombrarme delante de dos personas: el alguacil Coco y su hermana. Adiós; sobre todo, que seas prudente.

—Y vos padre, tened piedad de mí—dijo ella alejándose.

José siguió la calle de los Gitanos.

Dolores, la orilla del Guadalquivir.

Era el camino que conducía á la choza del apóstol.

—¡Pedro, tengo miedo! (página 66, columna 2.ª).



VIII

La abadesa de las Carmelitas.

La abadesa, descendiente de una familia casi real, que era la de los duques de Lerma, y que por consideración á su cuna se la había elegido tal, á pesar de su juventud, se entronizaba en este momento en medio de algunas de sus favoritas; «se entronizaba» es la palabra más adecuada, porque esta humilde hija de San Francisco ocupaba una ancha poltrona de terciopelo elevada sobre una tarima de algunas gradas, y encima de la cual había un dosel de la citada tela con franjas de oro. Cerca de ella estaba el báculo, insignia de su dignidad abacial. Colgaba de su cintura, cayendo sobre su hábito de lana obscura, un largo rosario de filigrana y de esmeraldas, cuyos glorias estaban representados por una perla de oriente, tamaño como una avellana; finalmente, en su pecho brillaba una gran cruz de oro cincelado, y á cada movimiento de su blanca y delicada mano lanzaba chispas el enorme engaste del anillo abacial, formado con un solo brillante inestimable, sacado de las minas de Golconda ó de Visapor. Frisaba la abadesa en los veinticuatro años; y aunque su talla no pasaba de mediana, parecía ser alta, tan altiva era su apostura, y de tal modo erguía su hermosa cabeza recta y firme sobre el más gracioso cuello del mundo. Su tez rosada, y más blanca de lo que suele ser la de las andaluzas, se había emblanquecido más á la sombra del claustro; y sus ojos de un azul sombrío, brillaban con un esplendor metálico entre las largas pestañas negras como el ébano. Sin embargo, la fisonomía de la abadesa no tenía otro rasgo distintivo que el orgullo de su cuna y una gran propensión á la sensualidad: carácter visiblemente indicado por sus labios encarnados, voluptuosos y sombreados por un suave vello, casi tan negro como el de las cejas. La pasión dominante de la abadesa era la vanidad; y apreciaba ante todo las prerrogativas de su rango, siendo su afecto exclusivo para los que sabían lisonjear su orgullo aristocrático: quería ser reina en el claustro. Alrededor suyo, en sillas muy bajas, estaban hablando sus favoritas, ocupadas en labores de aguja y en esos bordados hechiceros, que sólo pueden salir de las manos de una religiosa. Y aun algunas, para mayor humildad, se habían sentado en las últimas gradas del trono, casi á los pies de la abadesa; lo cual era una lisonja tácita y delicada. La santa grey conocía la flaqueza de su superiora. Un suceso notable ocupaba en este momento la piadosa ociosidad de estas santas jóvenes, y era la desaparición de Dolores

—Clara - decía la abadesa á una religiosa joven sentada cerca de ella—, ¿calculas por qué María se ha marchado del convento, en donde la trataba como á mi propia hermana?

—No, en verdad, madre mía—respondió la carmelita—; si la hubiesen encerrado aquí para sustraerla á algún amor mundano, podríamos creer que se ha ido para dar curso á sus pasiones.

—Su modestia era ejemplar - dijo la abadesa—, y á despecho de sus modales un poco bruscos y reservados, tenía un carácter amabilísimo. En efecto, creí que podría inspirarle inclinación al claustro, y esta esperanza era tanto más fundada cuanto que la trajo acá un santo, el religioso más puro de España.

—¡Qué lástima que se haya ido á «perder» en el mundo!—dijo una novicia cuyos ojos brillantes estaban lejos de manifestar la perfecta tranquilidad de los sentidos y del alma—; ¿en dónde será más feliz que entre nosotras?

—Hija mía—respondió Francisca de Lerma—, bendecid á Dios que, librándoos del mismo peligro, permite que paséis aquí una vida dichosa.

La joven reclusa ahogó un profundo suspiro, esforzándose por dar á su rostro la expresión del contento. Y sin embargo, hubiera preferido á las «santas delicias» del claustro, la independencia y la alegre libertad de la vida mundana.

En aquel momento sonó en los oídos de las reclusas un fuerte campanillazo.

—Clara - dijo la abadesa—, mira quién llama, pues á esta hora no creo tener ninguna visita.

—¡Qué puede ser esto! - murmuró la multitud ociosa, para quien el menor incidente era una ocupación grave, puesto que la vida del convento se pasa en simplezas fútiles, en orgías místicas, en exaltaciones inútiles, que todo viene á ser un desperdicio del tiempo y de la vida.

Clara se había levantado, pero antes que con su paso lento hubiese atravesado aquella larga sala, una hermana lega, levantando la cortina de seda, se adelantó hacia la abadesa llevando una bandeja de plata en la que había una carta. Clara tomó la bandeja de manos de la lega, y á pesar de los esfuerzos de las demás religiosas, que todas á la vez habían tendido los brazos para cogerla, Clara, más alta que las otras, la levantó por encima de la cabeza, llegó al pie del trono, subió ligeramente todos los escalones, y allí, arrodillada delante de la abadesa, le presentó la bandeja. La abadesa tomó la carta, rompió el sello verde, y después de haber leído las primeras líneas, se levantó de su asiento.

—Hermanas mías—dijo—, vámonos á recibir á monseñor Arbués, el inquisidor general, que nos honra con su visita.

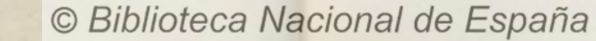
A una señal de la abadesa salió la lega, y entonces Francisca de Lerma, con el báculo en la mano, tomó la delantera de sus favoritas, y adelantóse hasta la puerta exterior del convento para recibir á su eminencia.

Llegada Francisca á la puerta del claustro, la hizo abrir de par en par, á tiempo en que monseñor Arbués bajó de su litera sin comitiva alguna, porque José se había fingido enfermo para dispensarse de esta visita. El lector ya sabe á dónde había ido. Adelantóse el inquisidor hacia las religiosas, y cuando hubo puesto el pie en el umbral de la puerta, la abadesa se arrodilló para recibir su bendición, y todas las religiosas siguieron su ejemplo. Francisca de Lerma se dirigió en seguida al salón que poco antes ocupaba, y mandando traer dos grandes poltronas adornadas con franjas de oro, hizo sentar á monseñor Arbués, y ella se sentó enfrente. La abadesa hacía esto para conservar una igualdad de rango ante el gran inquisidor general, que si bien muy delicado en materia de etiqueta, se reía de esa sutileza, y hubiera sufrido que esa señora llevara mucho más allá sus derechos y prerrogativas, y hubo una época en que se hubiera sentado voluntariamente en el último escalón de aquel rico trono dignamente ocupado por la hermosa Francisca de Lerma. Pero aquel día, Pedro Arbués estaba taciturno y sombrío, y echó una mirada de altanería y descontento á la asamblea femenina. La abadesa, desde luego comprendió que acontecía alguna cosa extraordinaria.

—Hermana mía—prorrumpió el inquisidor—, tengo que hablaros á solas; os suplico que hagais retirar á las hermanas.

La abadesa hizo una seña, las religiosas desaparecieron, y Pedro Arbués, después de asegurarse por sí mismo de que las puertas estaban bien cerradas, volvió á sentarse al lado de la abadesa.

—Señora—dijo con tono glacial—, la última vez que visité



esta comunidad, os pregunté si teníais alguna religiosa ó novicia á quien yo no hubiera visto; y si no me equivoco, me respondísteis que no.

—Y era verdad, monseñor, aquí no había ninguna religiosa que no fuese conocida de vuestra eminencia.

—Religiosa, no—prosiguió Arbués—; pero había una mujer que vos me ocultásteis.

—Yo no os la oculté, señor respondió Francisca—; no se encontraba aquí cuando vos os dignasteis visitarnos, hélo ahí todo, y como no era ni religiosa ni novicia, no creí necesario hablar de ella á vuestra eminencia.

—¿Y si fuera precisamente esa mujer la que yo buscaba?

—Eso es lo que nunca me hubiera figurado—dijo la abadesa con un poco de ironía.

—A un lado los sarcarmos, señora—dijo con aspereza el inquisidor, cuyas pasiones eran demasiado violentas para contenerse largo tiempo y llegar á su objeto por rodeos.—Esa mujer está aquí y yo la quiero ver.

—Era preciso habérmelo dicho más pronto, monseñor; esa mujer, ó, más bien, esa muchacha, se ha marchado sin que yo pueda comprender el por qué, atendido que la guardaba toda clase de consideraciones.

—¡Marchado!—exclamó el inquisidor estupefacto—¡marchado...! ¡Oh, vos me engañais, señora! Dolores Argoso está aquí, y me la entregaréis al momento, ¿lo habéis entendido.. ?

—¿Dolores Argoso?—replicó Francisca—; este no es el nombre de la muchacha que estaba aquí, señor; llamábase simplemente María; era una huérfana que me había confiado el santo predicador Juan de Avila, apellidado por todas partes el apóstol de Andalucía.

—¡Juan de Avila!—dijo el inquisidor con acrimonía—ya no me pasma que todo me contraríe: Juan de Avila es carmelita descalzo; todos esos mendigantes de San Francisco son nuestros enemigos.

—¿Qué os ha hecho Juan de Avila?—dijo Francisca, que á impulsos de su terquedad mujeril se complacía en irritar la cólera del inquisidor.

—¡Qué me ha hecho, señora! me preguntais á mí, siendo el inquisidor general de la provincia, ¿qué me han hecho todos esos frailes predicadores que en detrimento de Roma afectan seguir y enseñar el Evangelio mejor que nosotros? Esos humildes orgullosos que presentan al pueblo una religión tan amplia, que la santísima Inquisición les parece una tiranía y nuestro celo una crueldad?

—¿Y qué os importa, monseñor?—dijo la abadesa—ellos tienen la palabra, vos tenéis el poder. Ellos predican en desierto. Creedme, no os dé tanto cuidado la propagación de su doctrina.

—Pero esa mujer, esa muchacha—replicó el feroz inquisidor—; ¡hacedla, pues, venir, señora! Os digo que está aquí y que la quiero ver.

—Monseñor—replicó la abadesa con un poco de despecho, —he dicho á vuestra eminencia que esa muchacha había desaparecido; ¿vuestra eminencia me hará la justicia de creerme por mi palabra?

—¡Francisca!—exclamó el inquisidor clavando en la abadesa una terrible mirada.

—¡Pedro Arbués!—replicó Francisca de Lerma, cuyo rostro alumbróse repentinamente de cólera y de celos—¿has creído acaso que yo debía ser la carcelera de tus queridas? Esa joven ha marchado, ¿qué me importa? Házla buscar por tus esbirros y tus familiares. ¿No tienes quizá en Sevilla espías para encontrar á una mujer que se te escapa?

—¡Dolores está aquí, y yo quiero verla!—exclamó Pedro Arbués con voz atronadora.

—Dolores Argoso no está aquí—respondió la abadesa con rabia fría y concentrada—, y aun cuando estuviera, tampoco os la entregaría, ¿lo oís, monseñor?

—¡Por Cristo! Ya es temeridad en vos, señora, el querer jugar con la Inquisición; ¿sabes lo que puedo y lo que soy, Francisca? ¿lo sabes?

—Sé que sois un sacerdote abominable—exclamó Francisca, desesperada—; ¡un fraile impúdico, que sólo procura satisfacer sus pasiones brutales á cualquier costa que sea!

—¡Hola, Francisca de Lerma! ¡santa abadesa de las carmelitas! ¿qué creéis que diría España, si supiera vuestros deslices?

—¡Oh! es verdad—dijo con un gesto de horror—; es verdad, soy una miserable mujer que oculta el vicio debajo de un santo hábito, y que al abrigo de las paredes del claustro, satisface sin temor las pasiones devoradoras que Dios le ha enviado... Pero, ¿quién ha depravado mi alma? ¿quién me ha dicho, cuando trémula y humillada me acusaba humildemente á tus pies de la rebeldía de la carne: «Dios permite que se satisfagan las necesidades de los sentidos mientras que sea conmigo?» ¿Quién me ha dicho esto, Pedro Arbués? ¿quién ha pasado sobre mis remordimientos su culpable y falaz «moral», para apianarlos del mismo modo que la hoz nivela la hierba de los campos? ¿Quién ha inflamado en mi seno estas pasiones ardientes que en la época de mi inocencia sólo se me presentaban como relámpagos instantáneamente apagados por mi conciencia? Tú, siempre tú, cuyas desenfrenadas inclinaciones han alimentado las mías; ¡tú, á quien he tenido la debilidad de amar...!

Durante esta enérgica reconvención de la abadesa, el inquisidor columbró sobre una silla la biblia protestante que Catalina había olvidado llevarse; leyó rápidamente el título impreso en el lomo, y á este descubrimiento, un rayo siniestro salió de sus ojos é impulsado por una intención infernal, tomó el libro y lo ocultó debajo de su túnica. Después, mirando á Francisca, demasiado exaltada para haber observado este hurto, Pedro Arbués se puso á considerar con cierto aire de singular concupiscencia y de admiración á esa mujer ardiente y apasionada cuya cólera aún la hacía más bella: un carmín vivo animaba la pura y blanca tez de Francisca, y sus ojos centelleaban tanto que se hubiera creído iban á arrojar chispas.

La cólera del inquisidor calmóse un momento con este espectáculo deslumbrador, porque jamás Francisca de Lerma le había parecido tan hermosa. El austero rostro de Dolores, cuya expresión casta y severa alejaba los deseos en vez de despertarlos, no podía en aquel momento luchar con la incomparable hermosura de la abadesa. Para un hombre voluptuoso, la comparación redundaba en favor de Francisca, y sobre todo, Dolores estaba ausente. Los hombres que viven por los sentidos, no tienen ojos en el alma, y los domina aquello que hace vibrar las fibras materiales de sus seres.

—¡Oh, cuán hermosa eres, Francisca!—exclamó Pedro Arbués, que la contemplaba hacía ya algunos instantes con una admiración muda.

Esta pasión descabellada sentaba bien á su naturaleza salvaje, y la mezcla de remordimientos que se dejaban entrever, no eran más que otros tantos atractivos.

—¡Hermosa pecadora!—continuó, tomando la blanca mano de la abadesa, cuya cólera se la había puesto fría como un mármol.

—Pedro—dijo la religiosa cayendo de rodillas, pálida y postrada por una súbita reacción—; Pedro, tengo miedo... ¡tengo miedo del infierno!...

—Loquilla—dijo el sacerdote—, ¿quién tiene miedo del infierno cuando está en el cielo?

Una nube ofuscó los ojos de la abadesa embelesada... Pedro había olvidado á Dolores...

(Continuará.)

Verdugo en huelga. El verdugo de Magdebourg se ha declarado en huelga la víspera de ajusticiar á un asesino de dos niños. "El ejecutor de la justicia" sabía que le iban á embargar sus derechos de ejecución para responder al pago de una deuda contraída hacía mucho tiempo, y para no darle gusto al acreedor, prefirió correr todas las contingencias de su proceder, dándose de baja la víspera de la ejecución.

Contra los ladrones. La defensa social no deja de inventar procedimientos para contrarrestar las osadías de los amigos de lo ajeno. Contra los desvalijadores de casas, se ha ideado un timbre de alarma que se adapta entre la puerta y el suelo. Cuando aquélla se abre fraudulentamente, oprime un muelle en forma de cuña, que pone en acción el resorte del timbre, que repiquetea anunciando la entrada del ladrón.

Al presente número van incluídas ocho páginas de LOS DRAMAS DE PARÍS y ocho de LOS TRES MOSQUETEROS

La Benemérita en el peligro

Muerte del "Soniche„ y el "Chorizo„

En el número anterior dimos cuenta del importantísimo servicio llevado á cabo por el bizarro teniente Sr. Romero y fuerza á sus órdenes, siendo dignos de conocer los detalles de este verdadero hecho de armas.

Por confidencias supo la Guardia civil que un vecino de La Roda había recibido varios anónimos exigiéndole 10.000 pesetas, bajo graves amenazas, y de la redacción de dichos documentos supúsose fueran los autores los bandoleros que con tanta actividad como inteligencia persigue la Benemérita, y á cuyo efecto se dispuso que el jefe de la línea primer teniente D. Francisco Romero Macías, organizase un servicio de vigilancia sobre los puntos que se citaban en los anónimos. Al montarlo el oficial referido, dispuso que tres guardias que le acompañaban reconociesen los caseríos situados á la izquierda de la carretera de Estepa, continuando solo dicho oficial al cortijo de Chacón, distante dos kilómetros, en el que se hallaba fuerza desde la noche anterior, y dada esta circunstancia, así como la de haber trabajadores en todo el trayecto de la carretera, no pudo suponer que podría encontrar á los malhechores; pero cuando se hubo separado de la fuerza como un kilómetro, vió apostados en una excavación del terreno que forma una calera, dos hombres armados que le infundieron sospecha, y acercándose á ellos para informarse de quiénes eran, les intimó á que entregaran las armas, los que se resistieron á obedecer el mandato, y se retiraban por entre los olivares, siguiéndolos el oficial, siempre á corta distancia, sin intimidarle las amenazas de muerte que aquéllos le dirigían, caso de persistir en la persecución, sin arredrarle tampoco la superioridad de las armas que los malhechores llevaban, sino que, por el contrario, apuntando con su revólver, les contestó: «Pueden hacer lo que quieran, porque estoy dispuesto á todo antes que dejarles ir.»



Teniente Sr. Romero.

Inicióse entonces el fuego entre los bandidos y el teniente Romero, disparando éste los seis tiros de su revólver.

A los disparos acudieron el sargento Matías Pizá Mercadal y guardias segundos Manuel Romero Raya y Eulogio Rosado Bejarano, que se dirigían por un camino inmediato al punto que les había designado, formalizándose el fuego entre este grupo y los criminales, cuyos guardias hicieron también dos disparos á su oficial, por cuanto situado éste cerca de los bandoleros, le creyeron jefe de la partida, hasta que poniendo su caballo á la carrera logró colocarse á retaguardia de su fuerza y arengándola se dió á conocer y consiguió poner en fuga á los malhechores, que se refugiaron en el cortijo de Hoyos, continuando el oficial al inmediato de Chacón para ordenar el avance de la fuerza que en éste se encontraba, la que ya lo había verificado al oir los disparos, así como también los guardias de caballería Venancio Camacho Martín y Vicente Esteller Collado, que regresaban de comunicar órdenes á la fuerza de Lora de Estepa.

Penetraron algunos en el caserío, tomaron la planta alta, en donde continuaron defendiéndose los malhechores, á los que dieron muerte, resultando ser Antonio Ríos Fernández (a) *Soniche* y Antonio Cruz Fernández (a) *Chorizo*.

En el acto de verificarse dicho encuentro, se personó en el lugar de la ocurrencia el digno primer jefe Sr. Pizá, ordenando la traslación de los cadáveres á La Roda.

El heroico comportamiento del teniente Sr. Romero, expuesto á morir por el fuego de los bandidos y el de sus subordinados; la bizarría del sargento Matías Pizá Mercadal, cabo Manuel Rodríguez Barraquero y guardias Manuel Romero Raya, Eulogio Rosado Bejarano, Vicente Esteller Collado y Venancio Camacho Martín, merece una señaladísima recompensa.

Ha llegado el momento de que estos hechos de armas se premien cual corresponde y que no prevalezca el absurdo sistema de conceder cruces blancas por servicios en que se arriesga la vida como en una batalla campal.

Si este hecho hubiérase realizado contra el enemigo en guerra, valdría un empleo á todos los que en él han intervenido, y lo menos que ahora puede pedirse para estos bravos es la cruz roja pensionada, sin olvidar al jefe de la comandancia, Sr. Pizá, que tan inteligentes disposiciones está adoptando en la campaña contra el bandolerismo.

MUSEO CRIMINAL

Se publica en Madrid los días 1.° y 15 de cada mes.

Consta de ocho páginas de texto (como mínimum) dando también números extraordinarios de 12 páginas. Todos los números llevan, además, invariablemente, diez y seis páginas de novelas ilustradas y encuadernables.

Precios: trimestre, 1,50 pesetas.—Semestre, 2,75.—Año, 5.—Extranjero, un año, 10 pesetas.

Para las clases de tropa de Guardia civil, Carabineros y personal subalterno del Cuerpo de Seguridad, de la Judicatura, Cuerpo de Prisiones y Policía: **una** peseta trimestre.

BASES DE SUSCRIPCION.—1.ª El tiempo mínimo de suscripción es un trimestre. 2.ª La suscripción se considerará continúa indefinidamente en tanto no se reciba del suscriptor aviso en contrario. 3.ª Los avisos de baja han de recibirse precisamente en esta Administración con quince días de anticipación á la fecha en que termina la suscripción. Las reclamaciones, dentro de los ocho días para la Península y quince para las islas: después no serán atendidas. 4.ª Los cambios de destino deben avisarse antes de efectuar el traslado de residencia.

Toda la correspondencia debe dirigirse al Director del **MUSEO CRIMINAL**, apartado en Correos núm. 336, Madrid

Publicaremos con gusto todos los detalles y fotografías que se nos remitan acerca de servicios verdaderamente importantes.

Gran Relojería de París.

LUIS THIERRY

Fuencarral, 59.—Madrid.

EL ESPECIAL

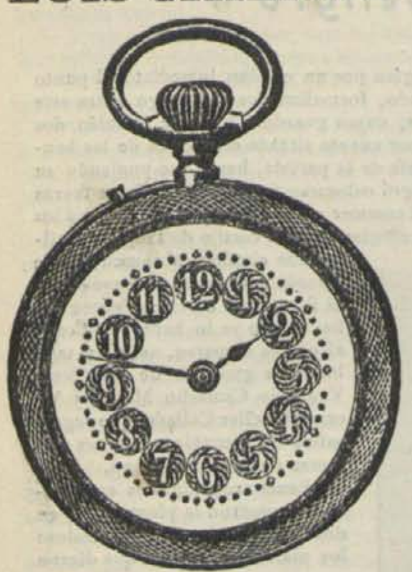
Reloj-cronómetro para los Cuerpos de Guardia civil y Carabineros.



Este hermoso ejemplar que tenemos el gusto de ofrecer á nuestros lectores, es un magnífico reloj construido expresamente para Guardia civil y Carabineros. En su elegante esfera lleva la inscripción del Cuerpo y el dorso—que nuestro cliché reproduce—es el real escudo, esmaltado con los colores nacionales y aplicaciones doradas. El reloj **Especial** tiene una marcha perfecta, está montado sobre rubíes y su perfecto ajuste le hace refractario á la humedad. Su precio de fábrica es 50 pesetas. Los individuos de Guardia civil y Carabineros pueden adquirirlo por **40, pagaderas en cinco plazos mensuales.**

Los pedidos al Sr. Thierry. Fuencarral, 59, Madrid.

NOTA. Este reloj es de una sola tapa y el grabado representa *la parte posterior*. Dicho reloj es un poquito más pequeño que el representado en este grabado.



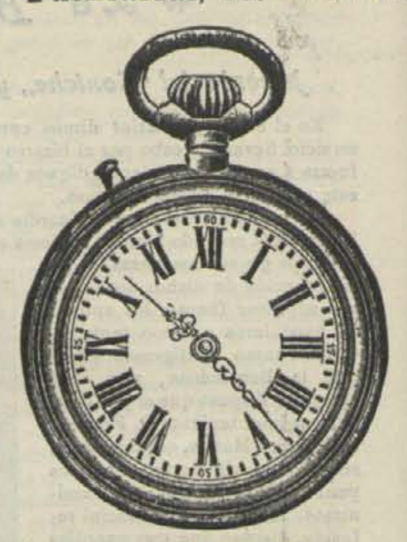
El Cronómetro Thierry

Reloj de acero con contornos dorados al fuego, esfera rica, máquina superior, escape Roskopf, de marcha superior .... **19,50 pesetas.**

Idem de acero. (Elegante) .. **18.50** —

Idem de níquel puro. (Idem) .. **18.50** —

En 4 plazos mensuales.



Regulador Patent.

De los ferrocarriles de Francia, de uso general para todos sus empleados, por su fuerza y gran precisión, de escape Roskopf. Reloj elegante, extraplano, marcha cronométrica.

En acero azulado..........	**28**	**ptas.**
Idem en níquel puro (extraplano) .	**27**	—
Idem grabado (no extraplano).....	**25**	—
Idem en plata..	**39**	—

Recomendamos especialmente estos relojes.

En 4 plazos mensuales.

Este mismo reloj, con doble tapa de plata, rica ornamentación.... **45 ptas.**

En 5 plazos



Reloj de señora, de doble tapa, símil oro chapeado, máquina garantizada, **30 pesetas**.

Verdadera imitación del reloj de oro, ídem en plata, **28 pesetas**.

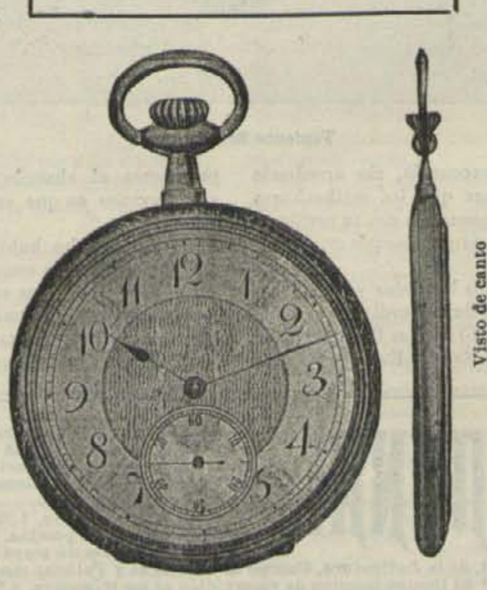
En 4 plazos.



Magnífico reloj de señora. Elegante, de muy buena máquina extra, de acero azul extra, **20 pesetas.**

Con estuche y gran cadena dorada.

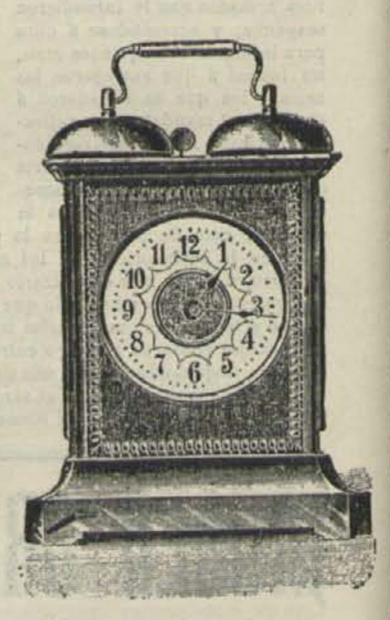
En 4 plazos.



Reloj elegancia novedad.

El más plano ó aplastado conocido hasta hoy; «del canto de un duro», de máquina extrafina, áncora 15 rubíes, marcha cronométrica, esfera de plata. De caja de acero azulado, **40 pesetas**. Caja de plata, rica ornamentación, **45 pesetas**.

En 5 plazos mensuales.



Caja metal niquelada.

Despertador doble, dando sobre dos campanas.

Buena máquina de áncora, **20 pesetas.**

En 4 plazos.

Nota: anda sobre todas las posiciones.

Advertencia.—Todos los relojes de la Casa van acompañados de su estuche con la marca LUIS THIERRY, quien los mandará certificados, con aumento de 1,50 los de caballero y una peseta los de señora. Va franco de porte y embalaje; los relojes de pared ó sobremesa, hasta la estación más próxima.—**No olvidar de indicar la estación para evitar errores ó atrasos en los pedidos. Los pedidos á L. Thierry, calle de Fuencarral, 59, Madrid. Apartado de Correos núm. 364.**

MADRID.—Imp. de R. Rojas, Campomanes, 8.—Teléfono 3[illegible]